

mania, es decir, los tres soberanos más poderosos de Europa.

Barbarroja murió en el Asia menor á consecuencia de haber tomado un baño en las aguas del Cidno, llegando tan sólo á Palestina reliquias de su ejército; Felipe Augusto se cansó luego, y después de una corta temporada en Palestina, fué á reembarcarse en Tiro, dejando tras sí un ejército de 10,000 hombres á las órdenes del duque de Borgoña; y Ricardo Corazón de León prosiguió los actos de salvajismo que habían distinguido á los primeros cruzados, empezando por degollar á la vista del campamento de los musulmanes á 3,000 prisioneros que se habían rendido, y á quienes jurara conservar la vida. Además se dedicó á cometer toda suerte de saqueos y matanzas.

Fácil es comprender el efecto que semejantes actos causaron en el caballeresco Saladino, quien no sólo había perdonado generosamente la vida á los habitantes de Jerusalén, sino que durante una enfermedad de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León llegó á enviarles provisiones y bastimentos frescos. Reconociendo entonces el abismo que en ideas y sentimientos, separaba al hombre civilizado de un bárbaro, comprendió que no podía tratarse á semejantes locos sino como á bestias salvajes, y en breve obligó á Ricardo Corazón de León á retirarse de Palestina, sin ni siquiera dejarle llegar delante de Jerusalén.

La tercera cruzada no tuvo otro resultado que conservar en manos de los cristianos algunas ciudades del litoral que habían logrado retener; cuyo objeto no se había aún logrado sino confederando las fuerzas de los tres soberanos más poderosos de Europa.

La cuarta cruzada (1202-1204) tuvo por jefe á Balduino, conde de Flandes; y así como hasta entonces los Cruzados habían ido á Palestina por tierra, esta vez resolvieron ir por mar, dirigiéndose directamente de Zara á Constantinopla, que era capital de un imperio cristiano.

Al llegar á Constantinopla, algunos de los nuevos Cruzados hicieron observar juiciosamente que Siria estaba muy lejos, y que las anteriores expediciones la habían aniquilado demasiado para brindarles con una rica presa; mientras que Constantinopla, que estaba á su alcance, rebosaba de riquezas; y como la exactitud de esta observación pareció evidente, resolvióse pillar la ciudad, á pesar de haber entrado en ella como aliados; y aquellos buenos caballeros se lanzaron al saqueo de la población, sin respetar

ni casa ni hogar. Contenía entonces Constantinopla los más preciosos tesoros de arte y literatura, acumulados por la antigüedad griega y latina; y como semejantes preciosidades tenían para los Cruzados del siglo XIII el mismo interés que pudieran tener para una turba de Píeles rojas, todo lo que no era plata ú oro fué roto ó echado al mar, destruyéndose así gran número de estatuas de mármol de Fidias, Lisipo y Praxiteles, y perdiéndose para siempre importantes obras de Demóstenes, Diodoro, Polibio y otros.

Una vez acopiado el más imponderable botín, lejos Balduino y sus compañeros de pensar en proseguir su viaje á Palestina, el jefe se hizo nombrar emperador, y el papa Inocente III, después de reconocer que los cristianos habían cometido los más horribles excesos, confirmó la elección. Inútil es añadir que la nueva monarquía fué de las más efímeras; pues los guerreros cristianos eran unos bárbaros demasiado estúpidos para fundar un imperio duradero; y como tan sólo sabían destruir, su corta permanencia en Constantinopla no tuvo otro resultado que la pérdida de los más preciosos tesoros de la antigüedad greco-latina.

La quinta y sexta cruzadas fueron expediciones sin importancia; y como la mayor parte de los Cruzados tenían muy pocas ganas de ir á hacerse derrotar en Jerusalén, el ejército se dirigió á Egipto con la esperanza de un rico botín; pero se les malogró la idea, viéndose obligados á retirarse, así que adelantaron un poco.

Bien es verdad que un pequeño cuerpo de tropas se había encaminado hácia Jerusalén, mandado por Federico II de Alemania; pero este príncipe, á consecuencia de un tratado de alianza con los musulmanes, obtuvo el permiso de entrar en calidad de amigo en Jerusalén; después de lo cual tuvo que regresar á Europa contentándose con aquella flaca satisfacción.

Además, las cruzadas iban ya perdiendo el carácter de empresas europeas que al principio tuvieron; y en vez de caer sobre Asia verdaderas hordas de hombres, ahora se dirigían allí pequeñas expediciones, cuyos jefes y soldados tiraban por donde les parecía, cuidando sobre todo de enriquecerse.

A pesar de las cinco cruzadas que habían seguido á la primera, Jerusalén y casi el resto de Palestina continuaban en poder de los musulmanes; por cuyo motivo San Luis resolvió intentar un nuevo esfuerzo, emprendiendo en 1248 una séptima cruzada. Partió, pues, de

Aguas-Muertas con 50,000 hombres, dirigióse á Egipto, y desembarcó en Damietta, de la cual no tardó en apoderarse; en seguida tomó el camino del Cairo, en cuyo tránsito quedó completamente derrotado y prisionero. Recobrada la libertad mediante rescate, se dirigió á Siria, donde á pesar de campar dos años, no pudo obtener ninguna ventaja, viéndose al fin obligado á regresar á Francia sin haber ni siquiera llegado á la vista de Jerusalén.

A pesar de este descalabro, no perdió la confianza; y diez y seis años después emprendió una nueva cruzada. Embarcóse el 4 de julio de 1270 en Aguas-Muertas, con 30,000 infantes y 6,000 caballos, navegó hacia Túnez con la quimérica esperanza de que el gobernador se cristianizaría, y poco después, atacado de la peste en el sitio de esta ciudad, murió el 25 de agosto del mismo año.

Esta octava cruzada fué la última, dejando cerrada para siempre la era de semejantes expediciones, y quedando el Oriente definitivamente en manos de los discípulos del profeta.

Los cristianos no tardaron en perder las escasas posesiones que conservaban en Palestina; y en vano los papas hicieron todos los esfuerzos imaginables para reanimar el ardor de los fieles; ya no era oportuno; pues la fe se había enfriado en las almas, y la actividad de los pueblos de Occidente tomaba otra dirección.

Al cerrar este corto resumen de la historia de las cruzadas, no me pondré á juzgar si esta agresión de Europa contra Oriente fué ó no justa; pues aunque semejantes cuestiones pueden inspirar á jóvenes historiadores alguna disertación, no merecen un examen formal. De mí sé decir que no conozco ningún conquistador antiguo ni moderno que se haya preocupado un instante de averiguar si una empresa militar era justa ó injusta, con tal que la empresa se conformase con sus propios intereses, y cupiese llevarla á cabo sin demasiadas contingencias. En caso de éxito, ninguna necesidad hay de justificarla; pues el triunfo basta; y en el caso de que, por circunstancias excepcionales, fuese necesario justificarla, la dificultad de hacerlo no embaraza nunca á los retóricos de profesión. En efecto, por más fácil que sea prorrumpir en recriminaciones contra la injusticia de la fuerza, probando con elocuentes períodos que ésta no debe nunca sobreponerse al derecho, semejantes recriminaciones tienen en el desarrollo natural de los sucesos tan escasa influencia como

nuestros lamentos contra las enfermedades, contra la vejez y la muerte. Los principios de derecho teórico expuestos en los libros no han servido jamás de guía á los pueblos; y la historia nos enseña que los únicos principios que han obtenido el respeto son aquellos que se hacen prevalecer con las armas en la mano. Al predicar las cruzadas y al inspirar unas guerras mortíferas, que en el concepto del derecho teórico habían de ser contrarias á las leyes de la más elemental equidad, los papas no hicieron otra cosa que imitar á todos los conquistadores pasados y á los futuros, y así pues, como sería injusto vituperarlos por ello, dejaremos aparte toda apreciación de este género, y no hablaremos más que de los resultados inmediatos, ó de los remotos que produjo esta gran lucha entre dos sociedades.

III

RESULTADOS DE LAS LUCHAS ENTRE EL OCCIDENTE Y EL ORIENTE

Las apreciaciones de los historiadores acerca de este punto son muy contradictorias; pues si la mayor parte se deshacen en elogios, no faltan otros que opinan que aquellas guerras fueron funestas.

Si juzgamos á las cruzadas por el objeto directo que se proponían, es decir, la posesión de Palestina, es evidente que nada alcanzaron, pues á pesar de un consumo extraordinario de hombres y dinero, hecho por Europa durante dos siglos, los musulmanes continuaron poseyendo unas regiones que los cristianos quisieron á toda costa dominar.

Empero si consideramos á las cruzadas por los resultados indirectos que de ellas dimanaron, forzoso es reconocer que éstos fueron muy importantes; y aunque entre ellos los hay buenos y los hay malos, los buenos sobrepusieron indudablemente á los demás. Ese contacto de dos siglos con Oriente fué uno de los más poderosos factores del desarrollo de la civilización en Europa; ocurriendo así que las consecuencias de las cruzadas difiriesen de lo que sus autores se proponían. Esta discordancia entre lo que se quería y lo que se alcanzaba es por otra parte tan frecuente en la historia, que fácilmente llegaría á demostrarse que constituye una regla general.

Si queremos formarnos idea exacta de la influencia recíproca del Oriente en el Occidente,

es necesario tener presente en la memoria lo que era la civilización de cada una de las sociedades que se hallaban en pugna; y como ya sabemos que por el esfuerzo de los Arabes, el Oriente disfrutaba entonces de una civilización brillante al paso que el Occidente estaba sumido en la barbarie; y como el cuadro que hemos trazado de las cruzadas nos demuestra que los Cruzados se portaban siempre cual verdaderos salvajes robando y degollando indistintamente



Vaso árabe, llamado de Carlo-Magno. (Museo de Chartres)

á amigos y enemigos, y destruyendo en Constantinopla los más inestimables tesoros de la antigüedad griega y latina, el contraste que de todo esto resulta lo dice todo.

En efecto, el contacto de aquellos rudos bárbaros nada podía hacer adelantar al Oriente; el cual verdaderamente nada adelantó; pues para los Orientales la consecuencia principal de las cruzadas—y esta consecuencia es una de las perjudiciales de que arriba hablamos—fué inspirarles por los Occidentales un desprecio que todavía subsiste. La ignorancia, la grosería, la estúpida ferocidad y la mala fe de los Cruzados les dieron la más repulsiva idea de los pueblos cristianos de Europa, como también de su religión, abriéndose así entre los hombres de Oriente y los de Occidente un abismo que nada podría salvar.

Esta enemistad profunda y harto justificada de los Orientales á los Occidentales, no fué el único resultado perjudicial de las cruzadas; las cuales fueron también causa del acrecentamiento del poder espiritual de los papas, jefes supremos de los Cruzados, y del extraordinario desarrollo del clero que se enriqueció con las tierras que los señores se veían obligados á venderle para cubrir los gastos de sus expediciones; originándose de estos dos sucesos que los papas quisieran luego gobernar á los pueblos y á los reyes, y que la corrupción de la teocracia se hiciese general; cuyos efectos se convirtieron á su vez en causas, y engendraron más adelante la Reforma protestante, y todas las sangrientas luchas que produjo.

Una de las más funestas consecuencias de las cruzadas fué haber establecido en el mundo la intolerancia religiosa por muchos siglos; dándole ese carácter de crueldad bárbara que ninguna religión tuviera hasta entonces, excepto la de los Judíos. En efecto, aunque antes de las cruzadas hubiese mucha intolerancia, era muy anómalo que llegase hasta la crueldad; en términos que sólo durante las cruzadas tuvo un frenesí tan furioso que casi ha subsistido hasta nuestros días. Acostumbrada la teocracia á derramar sangre, pronto aplicó á la propagación de la fe y á la extinción de las herejías los procedimientos de exterminio que antes se había seguido con los infieles; y la más ligera veleidad de oposición le parecía digna de los más atroces suplicios. Las matanzas de Judíos, de Albigeneses, y de otras diferentes categorías de herejes, la inquisición, las guerras religiosas y todas esas luchas salvajes que ensangrentaron á Europa durante tantos siglos, nacieron del funesto principio de intolerancia que desarrollaron las cruzadas.

En el concepto político tuvieron estas, si quiera para Francia é Italia, el buen resultado de quebrantar hondamente el régimen feudal; pues no sólo los señores perdieron gran parte de sus tierras por la necesidad en que se hallaron de subvenir á los gastos de sus viajes, sino que hasta debieron vender á las ciudades muchas franquicias y privilegios que las convirtieron en pequeños Estados libres dentro de los Estados señoriales, quedando tan sólo sometidas á la autoridad del rey. La redención de las ciudades no tardó en generalizarse, llegando todas estas á erigirse municipios independientes. Así se produjo un gran enflaquecimiento del poder feudal, si quiera de los señores medianos;

pues al contrario los grandes feudos empezaron á dilatar sus posesiones; y el poder real siguió también este último movimiento, llegando á ser único árbitro entre los vasallos y sus antiguos dueños. Los reyes de Francia, tan débiles antes de las cruzadas, cobraron después de ellas gran autoridad, á expensas de los antiguos potentados, cuyo poder, aunque al principio era casi de la misma importancia que el suyo, después quedó reducido á una mera apariencia.

La disminución del poder feudal, engendada por las cruzadas, no tuvo efecto sino en Italia y Francia; pues en Alemania é Inglaterra produjeron todo lo contrario; á causa de que como los señores no habían tomado sino una parte limitada en las primeras expediciones, no perdieron gran cosa de sus feudos; al paso que los reyes de estos países, que por el contrario habían entrado de lleno en el movimiento, quedaron luego á merced de sus vasallos, los cuales se aprovecharon de esto para restringir el poder real. Tres emperadores alemanes tomaron parte en las cruzadas; y cuando el último, Federico II, murió, el poder real no era más que una sombra. En cambio tres soberanos franceses tomaron también parte en las cruzadas; pero el viaje de Felipe Augusto fué cortésimo, y durante la ausencia de Luis VII y de Luis IX, la energía de Suger y de la reina Blanca había contenido fácilmente á una nobleza demasiado debilitada para ser verdaderamente temible. Si quisiéramos seguir los acontecimientos en sus consecuencias remotas, demostraríamos fácilmente que la constitución política tan sólida de Inglaterra tuvo sus raíces en las condiciones particulares que salieron de las cruzadas.

Esas grandes luchas de Europa y Asia trascendieron igualmente y de un modo prodigioso al comercio. El equipo, el aprovisionamiento y transporte de los inmensos ejércitos que Europa arrojó á Oriente durante dos siglos, produjeron un movimiento comercial y marítimo considerable, y los Marselleses, los Pisanos, los Genoveses y sobre todo los Venecianos ganaron mucho, tomando la marina de Marsella tal incremento, que en 1190 fué capaz de transportar á Tierra Santa todo el ejército de Ricardo Corazón de León.

Ese desarrollo comercial no quedó cortado después de la expulsión de los Cruzados de Asia, pues la mayor parte de las repúblicas mercantiles de Italia celebraron tratados de comercio con los príncipes musulmanes; y este

comercio con Oriente llegó á ser una de las principales causas del poder de Venecia, y continuó prosperando hasta que se descubrieron nuevos derroteros marítimos que lo entregaron á otros pueblos.

También trascendieron las cruzadas á la industria y á las artes; y la razón es que por groseros que fuesen los señores cruzados, quedaron sorprendidos del lujo oriental, y el comercio les proveyó de lo necesario para adoptarlo. Por esto tuvo lugar sobre todo en los siglos XII y XIII la introducción del lujo de Oriente en las armas, vestidos y moradas de los habitantes de Occidente.

Pero á medida que este lujo se desarrolla, produce naturalmente adelantos industriales de importancia, por haber tratado la industria de elaborar, como es natural, los productos que el comercio le pedía, y porque la necesidad le enseñaba luego á satisfacer sus exigencias. Los trabajos en madera y metales, la fabricación de esmaltes y cristalería exigían variedad de conocimientos; los cuales, aunque ignorados en Europa antes de las cruzadas, pasaron luego de Asia á Europa, donde se diseminaron. Las cristalerías de Tiro fueron el modelo de las de Venecia; la fabricación de los tejidos de seda y el arte de teñirlos hábilmente, que entre los musulmanes se hallaban muy desarrollados, se propagaron de un modo rápido en Europa; en los ejércitos que el Occidente envió á Oriente durante aquellos dos siglos, figuraban trabajadores de varios artes y oficios, á saber: armeros, arquitectos, carpinteros, etc., y como la permanencia de estos artesanos en Siria fué bastante larga, sacaron de ella los conocimientos que les faltaban.

En las bellas artes, la influencia de Oriente sobre Occidente no fué menos trascendental, puliéndose el grosero gusto de los Cruzados á la vista de los productos artísticos de todo género que poseía la sociedad oriental, desde Constantinopla hasta Egipto.

La misma arquitectura llegó á transformarse completamente en Europa, y no nos será nada difícil probar en otro capítulo que influyeron mucho en sus primeras transformaciones los edificios de la civilización árabe.

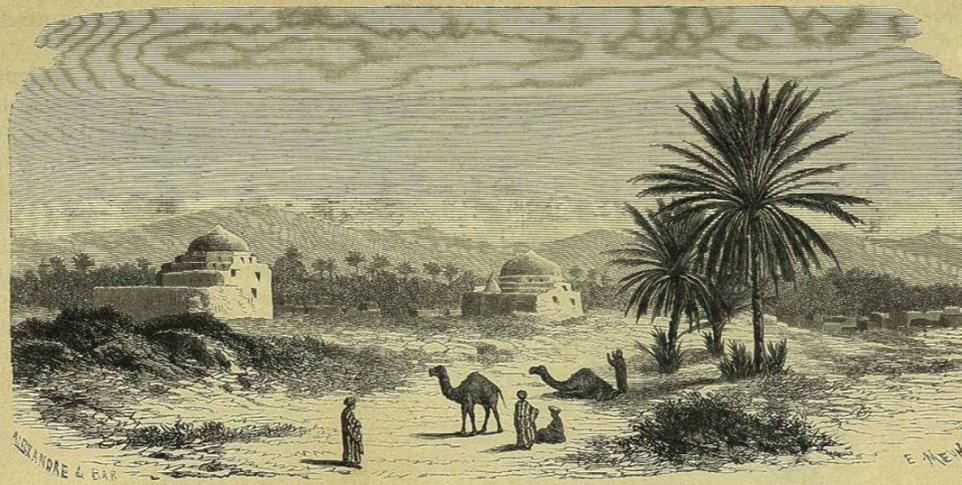
Pero en el concepto de la ciencia esencial, á pesar de lo que afirman muchos historiadores, las cruzadas apenas influyeron. No sólo no figuraban sabios en los ejércitos de esta gente, sino que no se trasplantan los conocimientos y métodos filosóficos como la forma de un monu-

mento ó la receta de una industria. Así es que si no afirmamos que las cruzadas no determinaron ningún progreso científico en Europa, es porque la industria está demasiado emparentada con la ciencia para que estudiando la primera, la segunda no alcance algo de estos estudios. En efecto, aunque la Edad media sacó sus conocimientos científicos y literarios de los libros de los Orientales, demostraremos en otro capítulo que no fueron los Cruzados los que los introdujeron en Europa.

En el concepto tan sólo literario, la influencia de las cruzadas tampoco fué del todo nula, por más que fuese corta. Aquellos sucesos inspiraron á gran número de poetas y prosistas; y los magos de Egipto, las maravillas de Oriente, Godofredo, Tancredo, etc., eran el tema favorito que

los trovadores cantaban de castillo en castillo.

Cabe pues concluir de lo precedente que por obra de las cruzadas la influencia civilizadora de Oriente en Occidente fué muy considerable, pero que esta influencia tuvo mucho más de artística, industrial y comercial que de científica y literaria. Cuando se considera el importante desarrollo de las relaciones comerciales y el mérito de los progresos artísticos é industriales, engendrados al contacto de los Cruzados con los Orientales, cabe afirmar que estos últimos fueron los hombres que sacaron al Occidente de la barbarie, y prepararon aquel movimiento del espíritu, que la influencia científica y literaria de los Arabes, propagada por las universidades de Europa, había luego de desarrollar, y de la cual saldría un día el Renacimiento.



LIBRO CUARTO

COSTUMBRES É INSTITUCIONES DE LOS ÁRABES

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÁRABES NÓMADAS Y LOS ÁRABES SEDENTARIOS DEL CAMPO

I

RECONSTITUCIÓN DE LA VIDA DE LOS ANTIGUOS ÁRABES

En este capítulo y en el siguiente procuraremos trazar un bosquejo de la vida de los Arabes algunos siglos después de Mahoma; porque tan sólo cuando hayamos estudiado sus usos y costumbres nos será posible discernir el origen de las instituciones políticas y sociales que han reinado en su imperio.

Los rasgos principales de este bosquejo se tomarán del estudio de los Arabes actuales. Bien es verdad que semejante método no es aplicable sino á un corto número de pueblos, pero nada difícil sería probar que á ninguno cuadra más que á las poblaciones de Oriente cuya historia estudiamos.

Uno de los rasgos característicos de la civilización de los pueblos occidentales consiste en las rápidas trasformaciones que verifican; de modo que cuando se comparan ciertas épocas algo lejanas, por ejemplo las de Carlo-Magno

y Luis XIV, cada una parece una sociedad del todo diferente, pues las artes, la industria, la ciencia, la vida social y la misma lengua están cambiadas.

Pero las trasformaciones observadas entre dos épocas no son verdaderamente hondas sino porque la historia sólo se ocupa de las clases sociales más elevadas; que si se ocupara también de la clase media y de la inferior, que componen la masa de una nación, vería que aquellas trasformaciones apenas trascendieron á estos elementos. Esa suma de conocimientos literarios, científicos, artísticos é industriales cuyo conjunto forma la civilización de una época, tuvo durante muchos siglos escasa influencia en la suerte de las muchedumbres. Sin duda hay gran diferencia entre un compañero de Carlos Martel y su descendiente del reinado de Luis XIV, pero entre un herrero, un mercader y un labrador de la primera época, y los mismos individuos de la segunda, la diferencia apenas se nota; habiendo hoy mismo campesinos bretones que difieren poquísimos de sus antepasados de 1,000 años atrás.

CAPILLA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA